

es estudiar relaciones entre medios escasos, susceptibles de empleo alternativo, y ciertos fines que se desea alcanzar. Para los objetivistas, por el contrario la Economía es una ciencia social que fundamentalmente se preocupa por conocer y aun por influir en las leyes que gobiernan el proceso económico" (pág. 31).

Ya David Ricardo sostenía que la economía es "una investigación de las leyes que determinan el reparto del producto de la actividad económica entre las clases que concurren a su generación". En cambio, para un subjetivista como Hanson, la "economía moderna se basa en una teoría de la escasez y de la elección..." (pág. 31).

A lo largo del siglo XIX y del XX —proceso que sigue el autor— los subjetivistas enfilan sus pasos por la apologética y la defensa del sistema del capital, mientras entre los objetivistas sus aportes serán llevados a una nueva fase del conocimiento: la doctrina marxista. Es sabido que el cambio, la transformación llevada a cabo en las ciencias sociales por esta teoría, planteó nuevas perspectivas y nuevos conocimientos a las ciencias sociales. En el caso de la economía, Marx aporta conceptos como los de plusvalía y fuerza de trabajo que plantearon sobre una nueva base la totalidad de esta disciplina. Pero sobre todo, Marx demostró que las categorías económicas no son categorías eternas, leyes permanentes de todos los regímenes y formaciones económicas y sociales, sino leyes históricas que corresponden a cada formación. Esto hizo de la economía una ciencia histórica y modificó la perspectiva social del filósofo, el sociólogo, el historiador y el economista

Por otra parte los subjetivistas separan la teoría económica de los problemas políticos; pero la economía no está separada en la realidad de la política, y como dice muy bien el autor, los problemas económicos principales son problemas políticos.

El autor sigue la trayectoria de las teorías económicas hasta nuestros días y analiza críticamente las teorías de Shumpeter, Keynes, Sraffa, Galbraith, Strachey, Baran-Sweezy, etc. Se ocupa también de las teorías sobre el imperialismo, la planificación y el desarrollo; del modelo soviético, el desarrollo y el subdesarrollo, y —en un capítulo dedicado a ello— de los métodos, las técnicas y las responsabilidades del economista.

No escapan a su atención los métodos y los lineamientos seguidos en nuestros centros de estudios en la enseñanza de la economía, y al señalar posibles fallas en los mismos hace sugerencias para solucionarlas y lograr que la teoría económica enseñada sirva mejor al estudiante para conocer la realidad.

Una de las ventajas de este libro es la de aclarar la metodología de la economía y, como ya se dijo, la misión del economista en nuestro medio. *Economía política y lucha social* es un libro necesario para el economista y el científico social y para todo aquél interesado en proyectar prácticamente el conocimiento sobre nuestra realidad social.

artes plásticas

cultura y envoltura

por Francisco Reyes Palma

En la década de los años sesenta la basura, los objetos de uso cotidiano y el desperdicio —sobre todo el desperdicio industrial— han irrumpido en museos y galerías, como una respuesta del artista contemporáneo a la mercantilización del arte. Y como una búsqueda de materiales novedosos que expresen la realidad social de su momento: la de la sociedad de consumo, con su mundo fragmentado de imágenes publicitarias incubadas en la iconografía de los nuevos medios de comunicación. El artista ha respondido al sometimiento que los medios de comunicación ejercen sobre grandes masas de público con una actitud de protesta irreverente o ha respondido con la ambición de igualar el éxito económico y la capacidad de difusión de estos medios.

Sin duda, la propaganda ha provocado grandes estragos en el campo de la cultura y la estabilidad psíquica del individuo. A ella debemos la distorsión del lenguaje verbal y el escepticismo ante este medio primario de comunicación. A ella debemos, también, el agotamiento de las resistencias mentales del público, el cual se ha dejado arrastrar por la manipulación irracional de sus necesidades emotivas, hasta

convertirse en un consumidor insaciable de objetos inútiles. La invasión del ruido publicitario, incluyendo el ruido visual, ha determinado la pérdida de intimidad y la corrupción de la sensibilidad en el medio ambiente humano. Por su parte, los grandes intereses que especulan en los basureros públicos, trafican, de hecho, con el esfuerzo productivo del hombre. En la situación de un país como el nuestro (donde la cultura del desperdicio comienza a desarrollarse y la publicidad se mantiene aún al nivel del subdesarrollo, gracias a la mediocridad y la casi total ausencia de articulación en los mensajes) es posible todavía frenar los impulsos destructivos asociados a los medios de difusión multitudinaria y dotarlos de un sentido creador, que no contribuya a agudizar las carencias de amplias capas de la población.

El Museo Universitario de Ciencias y Arte, bajo el título de *No desperdicie, eduque*, presenta una exposición de diseño experimental (noviembre-diciembre 1970), realizada con empaques y materiales de desecho. La intención de esta muestra es radicalmente distinta de las exposiciones de arte que utilizan el desperdicio,



y lo es también de las exposiciones de diseño industrial producidas con un criterio puramente decorativo o mercantil. El objetivo de la exposición es perturbar las relaciones de dominio, dependencia y pasividad que la propaganda produce en el público. Es recuperar la palabra y el símbolo como medios de comunicación racional, como elementos de una cultura emocionalmente integrada.

La difusión de cultura por los canales de comunicación que ofrecen los empaques permitirá evitar el desperdicio de materiales y mensajes, para su aprovechamiento en objetos funcionales y de información educativa. Tal es el caso de las bolsas de papel convertidas en libros o las cajas de cartón transformadas en muebles, para citar sólo dos ejemplos. La reducción del espacio propagandístico en favor de la cultura, permitirá también el planteamiento del compromiso urbano con el desarrollo de las sociedades rurales. Por ejemplo, programas alfabetizadores a través de los empaques de forraje con un contenido técnico y cultural acorde con las necesidades del campo.

Por supuesto, la difusión de cultura a través de los canales de comunicación masiva deberá coordinarse en los centros nacionales de estudios superiores. Esto evitará la sustitución de la propaganda por la cultura como un medio de convencimiento más refinado; o como una vía de complicidad con el desperdicio del esfuerzo humano y de la aniquilación del medio ecológico. En este proceso es fundamental la cooperación de las escuelas de diseño, arquitectura y artes plásticas, de antropólogos sociales, economistas, psicólogos, etcétera. Así se trascenderá el ámbito puramente escolar y de intereses privados para aplicarse a la resolución de los urgentes problemas que afecta a nuestra comunidad.

En tanto que el arte contemporáneo se debate, impotente, ante los nuevos sistemas de información, el diseño, en colaboración con otras disciplinas, ofrece una alternativa responsable a la vez que artística para la remodelación del ambiente total urbano. Así como la publicidad mantiene integrados los diversos medios de comunicación, la cultura debería suplir todos estos espacios desperdiciados en propaganda de la sociedad de consumo. Y crear una continuidad cultural que parta de los empaques y se extienda a las publicaciones; al cine, radio y televisión; a los transportes, grandes rótulos y anuncios luminosos, etcétera.

La aplicación social de los medios de difusión masiva, sin interferencia de la propaganda y la industria del desperdicio, representa un paso importante hacia el fin de la alienación humana frente a su propia obra: las grandes ciudades tecnificadas que se consumen a sí mismas y al campo que las rodea. Entonces se volverá factible la unión del arte a la vida, sostenida ésta por individuos responsables, con capacidad de imaginación y decisión. Para llegar a tal punto habremos de quebrar muchos prejuicios e intereses. Vale la pena hacer el experimento.

cine

dos notas

por Tomás Pérez Turrent

LA REVISTA CINE CLUB

La aparición de una revista dedicada al cine, a sus problemas de orden teórico, estético, ideológico, informativo, es algo inusitado en nuestro medio. El último intento serio es el de *Nuevo Cine*, que allá en los años 1961-1962 se sostuvo heroicamente hasta seis números. Empresa casi romántica que se planteaba como una necesaria ruptura con lo que había sido hasta entonces la crítica cinematográfica, pero que se detenía a la mitad del camino por ignorancia del terreno en el cual debía actuar concretamente. Sin embargo, la importancia de su aportación teórica, la validez aún en nuestros días de algunos de sus presupuestos, le confieren una importancia histórica y hacen necesario referirse a ella para toda nueva experiencia en el campo de la crítica cinematográfica.

Es evidente que nuestro medio no favorece en nada este tipo de publicaciones: una industria cinematográfica indigente estética, cultural y económicamente hablando, dedicada, teóricamente, a sostener una fuente de trabajo que sirve de coartada al "gran negocio" ("gran negocio" que cuesta año con año varios millones de pesos al Banco Cinematográfico, léase Estado); una exhibición que es sin lugar a dudas una de las peores del mundo: en este sentido somos una gran provincia beata, silenciosa y puritanoide; una absoluta falta de información que provoca el desconocimiento de los más importantes movimientos cinematográficos y un aislamiento total.

Tomando en cuenta todas estas dificultades acaba de aparecer el primer número de la revista *Cine Club*, órgano de la Asociación de Cine Clubs Universitarios. Como todo primer número, éste se preocupa por definir la línea y plantear los objetivos que guiarán la vida de la nueva revista. Nada más explícito que el texto de presentación: "Como suele decirse, toda revista nace de una necesidad, o de muchas necesidades como en nuestro caso. Aislados a nivel latinoamericano y también interno, la necesidad de un medio de contacto, de información y expresión es, más que urgente, inaplazable. México es no sólo el país que cuenta con el peor cine comercial y la industria cinematográfica más corrupta de Latinoamérica, sino que es el país donde menos cine de calidad se ve y el más estable en su estado de neocolonialismo. Esta situación de 'estabilidad' agravada por la represión sorda pero constante que la oligarquía ejerce sobre la masa, y por una clase intelectual conformista —salvo honrosas

excepciones—, ha hecho que uno de nuestros principales problemas sea el del aislamiento y la dispersión de individuos y grupos que, de una manera u otra, se preocupan por actuar (en el sentido de avanzar) no de una manera desarrollista, sino en un sentido histórico, con una actitud política e ideológica que tendría que denominarse de avanzada, esto es, de vanguardia del pensamiento y de la acción."

El cine no se plantea como un puro valor en sí, como un campo exclusivo de la elevada esfera de la investigación estética, como un puro goce de *dilettante* o de *connoisseur*, sino como un instrumento de lucha en una tarea urgente: la liberación. Uno de los primeros pasos en esta lucha es pugnar por un cine que contribuya a la descolonización —invirtiendo la función del cine, instrumento de colonización, que se nos ha propuesto hasta ahora.

Este cine es definido de manera un poco vaga como *Tercer Cine* (en estrecho paralelo con la noción de *Tercer Mundo*), noción que propone una nueva actitud determinada por la lucha de liberación del tercer mundo y muy concretamente de América Latina: "La necesidad de proponer una actitud y un estilo cinematográfico distinto, va más allá de sus posibilidades artísticas. Se trata de un fenómeno que no podría concebirse únicamente en términos formales, estéticos; no en Latinoamérica. Por ello esa necesidad de proposiciones se ha convertido en *Antonio Das Mortes*, en *La hora de los hornos* (películas, ambas, que muestran hacia dónde debe apuntar el cine latinoamericano)."

En el sentido de esta actitud encontramos cuatro artículos: la reproducción de un texto ampliamente conocido, un texto que puede ser considerado clásico y que concuerda con el objetivo de la redacción, "Las cinco dificultades para quien escribe la verdad", de Bertold Brecht; el segundo es un comentario dedicado a tres revistas latinoamericanas, tan aclaratorio de la posición de la revista como la presentación editorial; el tercero, que es el documento central, la reproducción de un texto también ampliamente conocido pero inédito en México, "Hacia un tercer cine", "apuntes y experiencias para el desarrollo de un cine de liberación en el tercer mundo", de Octavio Getino y Fernando E. Solanas, miembros del grupo argentino "Cine Liberación" y autores de la película *La Hora de los hornos*. Por último una entrevista con Alberto Aguirre, director del Cine Club de Medellín, Colombia y de la revista *Cuadro*.